EOWYN IVEY
Hacia el brillante confín del mundo
Traducción de Pablo González-Nuevo
HOJA DE LATA

HACIA EL BRILLANTE CONFÍN DEL MUNDO

colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

EOWYN IVEY

HACIA EL BRILLANTE CONFÍN DEL MUNDO

TRADUCCIÓN DE PABLO GONZÁLEZ-NUEVO

HOJA DE LATA

Sensibles a las Letras, 122

Título original: *To The Bright Edge of the World*
Primera edición en Hoja de Lata: noviembre del 2026

© Eowyn Ivey, 2016
This edition published by arrangement with Little, Brown and Company, a division of Hachette Book Group, Inc., New York, New York, USA. All rights reserved.
© de la traducción: Pablo González-Nuevo 2026
© de la imagen de la portada: composición de Hoja de Lata a partir de vectores creados por Cat_arch_angel/Shutterstock
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2026

Hoja de Lata Editorial S. L.
Camino del Lucero, 15, bajo izquierda, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayíu/Iván Cuervo Berango

ISBN: 979-13-87554-51-4
Depósito legal: AS 02047-2026
Impreso y encuadernado en Imprenta Mundo, Cambre, A Coruña [España]

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hoja de Lata emplea tipos de papel que garantizan el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.

Para mi marido, Sam,
con amor

ÍNDICE

Parte Uno 21

Parte Dos 155

Partes Tres 227

Parte Cuatro 349

Parte Cinco 423

Parte Seis 501

Nota de la autora

Aunque la historia está inspirada en una expedición militar real, todos los personajes y muchos lugares son ficticios, incluido el río Wolverine. En los casos en que se describen lugares reales se utiliza la ortografía y los nombres propios de la época.

Lo miré directamente a los ojos y supe que no entendía nada.

De *Make Prayers to the Raven*, de Richard K. Nelson,
al ver a un carcayú de Alaska

A la atención del señor Joshua Sloan
Comisario de Exposiciones
Museo de historia de Alpine
Alpine, Alaska

Señor Sloane:

Le advertí que soy un hombre testarudo. Esas cajas contienen los documentos de los que le hablé, las cartas y diarios de la expedición de mi tío abuelo a través de Alaska. Sé que me dijo que no podía hacerse cargo de ellos, pero se los envío de todas formas. Cambiará usted de opinión si se anima a leerlos. Si le soy sincero, tampoco es que tenga otra opción. No tengo hijos y todos mis parientes han muerto. Cuando llegue mi hora tirarán estos papeles junto con todo lo demás. Durante casi toda mi vida han estado guardados en arcones y cajas y digamos que no están en condiciones óptimas. Sería una pena que se echaran a perder por completo.

El viaje del coronel fue terrible. Puede que estuviera maldito desde el principio, pero no veo que eso le reste un ápice de importancia al asunto. Sin duda su expedición es el equivalente en Alaska de la de Lewis y Clark,[1] y estos documentos contienen algunas

[1] La primera expedición llevada a cabo por estadounidenses que atravesó el oeste del país desde San Luis, Misuri, hasta la costa del Pacífico. *(Todas las notas son del traductor)*

de las primeras descripciones de primera mano de esas tierras del norte y sus nativos.

Algunas entradas de su diario personal son francamente fantásticas y nada tienen que ver con sus informes oficiales. Algunos de los que han leído esas páginas consideran que las ocurrencias más extrañas son fruto de alucinaciones producidas por el hambre y la exposición a los elementos. Otros han acusado al coronel de embellecer sus diarios para conseguir notoriedad. Pero, créame, él no era un histérico ni un charlatán. Era un licenciado de West Point que combatió en las guerras indias y cuando fue capturado por los apaches logró que lo dejaran libre a fuerza de negociar. Pero nunca buscó la fama. Yo prefiero contemplar otra posibilidad, que se limitó a describir lo que veía con sus propios ojos. Hay que ser muy arrogante para pensar que todo en el mundo se puede medir y pesar con instrumentos científicos. El coronel comenzó su expedición precisamente con ese planteamiento, aunque, como usted mismo verá, no le sirvió de mucho.

Junto con los diarios e informes también le envío algunos escritos de mi tía abuela Sophie. Hay ilustraciones y fotografías, recortes de prensa y cosas sueltas que he ido encontrando a lo largo de los años. Estuve a punto de quitar todo eso, pero es posible que algunas cosas le interesen.

Aún no he enviado por correo los objetos relacionados con la expedición. He conservado todo lo que he podido, pero la gran mayoría se encuentran en un estado delicado y es posible que se estropeen durante el viaje a Alaska. Los he hecho tasar y encontrará la descripción de cada artículo y en qué condiciones está.

Léalo todo. Si cambia de idea y decide hacerle sitio en su museo estaré encantado de enviarle todo lo que tengo.

Atentamente,
Walter Forrester

Fort Vancouver, Washington Territory, in 1859
Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D. C.

Parte Uno

Horizonte artificial.
Mediados del siglo XIX, sin firmar.
Colección de Allen Forrester.

Estuche original de caoba con llave. Incluye bandeja reflectante de hierro y botella de mercurio, cubierta de cristal con marco de latón y forma piramidal. Diseñado para facilitar la navegación celeste cuando la oscuridad, la niebla o la orografía dificultan la visión del horizonte natural. Se vierte el mercurio en la bandeja, obteniendo así una superficie reflectante y nivelada, y se observa la imagen con un sextante para obtener una «altitud doble».

Diario del teniente coronel Allen Forrester
21 de marzo de 1885
Isla Perkins, Alaska

No sé qué hora es. Plena noche, en cualquier caso. Incluso es posible que ya sea mañana. No puedo ver mis palabras, pero escribo mientras hay luz de luna para registrar mis primeras impresiones. Al amanecer me parecerán exageradas. Pero ahora estoy algo nervioso.

Me levanté hace unos minutos y salí de la tienda para hacer mis necesidades. Con la luna, no me molesté en encender un farol. Me puse las botas sin atar los cordones y caminé hacia los árboles. Solo se oían las olas del mar en la playa. Cierto es que estaba adormilado y con los ojos llorosos. Al regresar a la tienda oí un ruido en lo alto. Levanté la vista hacia la luna entre sombras plateadas y ramas negras. Esperaba ver algún animal, quizá un búho posado en una rama, pero era el viejo indio eyak encaramado en lo alto de un abeto. No vi su cara en la oscuridad, pero reconocí su silueta enjuta y el sombrero negro en su cabeza. Los extraños adornos que llevaba colgados del cuello brillaban a la luz plateada.

Estaba acuclillado en una rama, en silencio. No sé si me vio. No hice ningún movimiento, por temor a que se cayera si se asustaba.

No me habría sido fácil trepar al árbol, aunque podría haberlo hecho en caso necesario. ¿Qué empujaría a un viejo cojo de una pierna a subirse ahí? Quizá huyera de un oso. ¿Había trepado por miedo? No era propio de él. Los eyaks suelen ser imperturbables. Parecía muy cómodo allí sentado, quizá incluso dormido.

Me quedé algo inquieto. Como si hubiera visto a un pájaro volando bajo el agua o a un pez nadando por el cielo.

22 de marzo

Abandonaremos la isla Perkins al amanecer, con los hombres necesarios o sin ellos. Llevamos demasiado tiempo posponiéndolo por las promesas de los eyaks de que sus hombres volverán de cazar nutrias marinas para unirse a nosotros. Tenemos a tres eyaks demasiado jóvenes para ir de caza y a un viejo tullido. Dicen que conoce estas aguas y puede guiarnos hasta la desembocadura del río Wolverine, pero no quiero esperar otro día con el continente de Alaska al alcance de la mano. Partimos de Sitka con semanas de retraso por cuestiones de intendencia militar, y todo para afrontar una lenta travesía por culpa de la niebla a bordo del USS Pinta. El Wolverine puede desbordarse en cualquier momento, convirtiéndose en un torrente de barro, inmensas placas de hielo y rápidos infranqueables. Si el río crece a causa del deshielo no superaremos el intento de Haigh. Ya estoy preocupado por el hielo en el cañón.

Escribo esto a la entrada de la tienda. El teniente Pruitt revisa una vez más sus instrumentos. Limpia la pirámide de cristal del horizonte artificial y comprueba el movimiento del reloj Howard. Se ha convertido en una nerviosa costumbre suya, y puedo entenderlo.

El sargento Tillman tiene su propia manía, se preocupa por nuestras reservas de comida. ¿Tendremos suficiente galleta marinera?, pregunta tres veces al día. Vuelve a decir que no le gusta la sopa de guisantes y que preferiría cargar con chocolate río arriba. En cuanto a mí, paseo por la costa de esta pequeña isla norteña y contemplo el estrecho a lo lejos. Somos hombres ansiosos por iniciar nuestra misión.

El eyak nos mira desde donde está sentado, al pie de un gran abeto, el mismo al que trepó la noche pasada. El viejo siempre lleva puesto su sombrero negro y su chaleco de caballero, pero

también los pantalones de piel y el atuendo propio de su tribu. La melena negra le llega hasta los hombros. De su cuello cuelga un bizarro ornamento, parecido a los collares de conchas con forma de colmillo que llevan muchos nativos, pero hecho con huesecillos de animales, dientes y trocitos brillantes de cristal y metal. Mientras nos observa, su rostro adopta una extraña expresión, aunque no soy capaz de distinguir si es diversión o fiereza. Incluso las mujeres y los niños de la isla parecen recelar de él. El viejo frunce el ceño sin decir nada y de repente se ríe en los momentos más inoportunos. Esta mañana, cuando el sargento Tillman resbaló en las rocas heladas cerca de los botes de remos, dándose un buen golpe al caer de rodillas, el viejo se echó a reír. Nada más levantarse, Tillman fue hacia él y lo agarró de la pechera. El sargento no es un tipo pequeño. Es fuerte como un roble y siempre está buscando pelea, o eso fue lo que me contó de él el general a modo de presentación. Estoy seguro de que el viejo eyak no le daría mucho trabajo.

—Suéltelo —ordené, aunque entendía su reacción.

El viejo también me saca de quicio, y verlo encaramado en ese árbol en plena noche no sirvió para calmarme precisamente. Si pudiera llevaría a otro guía.

El trampero Samuelson nos acompañará hasta la desembocadura del Wolverine. Sería ideal que siguiera con nosotros, pues conoce los rudimentos de la mayoría de las lenguas nativas y ha navegado con frecuencia el curso bajo del río. Tiene la esperanza de que los indios del Wolverine, llamados midnooski en referencia a los rusos, le entreguen algún mensaje de su socio con planes para reunirse con él en la desembocadura antes de decidir si se quedan o no a pasar allí la estación. Yo sigo intentando camelarlo para que se una a nuestra expedición, pero él se resiste. El nacimiento del Wolverine es tierra de nadie, dice. No teme la violenta reputación de los nativos sino lo inhóspito del terreno y las aguas impredecibles del río.

En cuanto al carácter de los indios del curso alto del Wolverine, el señor Jenson hizo todo lo posible por atemorizarnos con sus

historias. Cuenta cómo masacraron a los rusos mientras dormían en sus trineos y después les cortaron los genitales a los cadáveres para metérselos en la boca.

El señor Jenson es el gerente del almacén de la Compañía Comercial Alaska en la isla, y asegura que consigue controlar a los nativos del lugar a base de mano dura. Es el hombre más antipático que he conocido. Bebe demasiado y vende alcohol a los indios para luego quejarse de que se emborrachan. Alardea de sus astutos negocios con ellos, en los que siempre les paga menos de lo debido por pieles de primera. Y luego nos aconseja no fiarnos nunca de un indio porque, según él, son todos unos mentirosos y unos ladrones.

Evito al comerciante en la medida de lo posible, pero él me busca para contarme historias sobre conspiraciones para asesinarlo. Este pueblo isleño se vuelve cada día más pequeño. Paseamos, comprobamos los suministros, contemplamos el cielo y preguntamos cuándo volverán los cazadores de nutrias.

A pesar de la inquietud y el aburrimiento, no somos indiferentes al espectacular paisaje que nos rodea. Esta tierra posee una inmensa y fría belleza. El sol resplandece sobre el mar azul, el hielo y la nieve, y la refracción de la luz es tan violenta como el chillido de las aves marinas en el cielo. La isla es un agreste afloramiento de piedra de acantilados grises, bosques de árboles perennes y playas rocosas. Al otro lado del estrecho, en días despejados puedo distinguir las montañas del interior de Alaska. Más blancas si cabe en invierno.

Ayer al anochecer un oso pardo apareció en la playa y caminó olisqueando entre nuestros botes. Hoy medimos una de sus huellas en la arena y era tan ancha como las dos manos de un hombre extendidas una junto a la otra.

Pienso en Sophie cuando no estoy trabajando, aunque rara vez puedo permitirme semejante indulgencia. Debo concentrarme en la tarea que me aguarda.

Orden Especial n.º 16
Cuartel General del Departamento de Columbia
Fuerte Vancouver, Territorio de Washington
7 de enero de 1885

Por orden del teniente general del ejército, transmitida hoy mismo por telegrama, se autoriza al teniente coronel Allen Forrester a dirigir una misión de reconocimiento en Alaska remontando el río Wolverine. El teniente Andrew Pruitt y el sargento Bradley Tillman tienen órdenes de presentarse ante el coronel Forrester para acompañarlo en dicha labor de reconocimiento.

El objetivo es cartografiar el interior del territorio y recabar información sobre las tribus nativas con el fin de estar preparados ante cualquier posible altercado serio en el futuro entre los nativos y el Gobierno de Estados Unidos. El reconocimiento también intentará determinar la posibilidad de mantener un contingente militar en la región si fuera menester y de qué manera, incluyendo información sobre el clima, la severidad de los inviernos, los medios de comunicación y los tipos de armas que poseen los nativos. Dicha información habrá de ser recopilada y documentada meticulosamente durante el reconocimiento, por si fuera necesario poner fin a la expedición.

El coronel Forrester tiene órdenes de enviar informes exhaustivos al cuartel general, incluyendo itinerarios, mapas y observaciones de campo, siempre que sea posible. En caso necesario, podrá contratar los servicios de hasta cinco exploradores nativos. El grupo expedicionario debe intentar llegar a la desembocadura

del río Wolverine a principios del mes de marzo para poder remontar el río por el hielo.

Teniendo en cuenta las peculiares y desconocidas circunstancias de semejante labor de reconocimiento, el coronel Forrester tendrá libertad para decidir la posibilidad de avanzar más allá del río Wolverine. Los hombres ahorrarán suministros en todo momento, si bien contarán con amplias provisiones para el viaje.

Si la exploración tiene éxito, el grupo debería llegar antes del próximo invierno al ya perfectamente cartografiado río Yukón, donde los hombres podrán embarcar en un vapor hasta la costa. El coronel Forrester se encargará entonces de buscar transporte para él y sus hombres a bordo de un barco de la guardia costera.

Le deseo éxito en su misión y que regresen sanos y salvos.
Por orden del mayor general Keirn:
Stanley Harter, ayudante del general adjunto